

The top half of the cover features a photograph of lit candles. The left side is a solid orange vertical band. The rest of the image shows several lit candles with bright yellow flames, set against a dark background with a bokeh effect of out-of-focus light spots.

*Qué
se sabe
de...*

La. espiritualidad bíblica

Fidel Aizpurúa
Donazar

evd

*Qué
se sabe
de...*

La
espiritualidad
bíblica

Qué se sabe de...

Colección dirigida y coordinada por:

CARLOS J. GIL ARBIOL

*Qué
se sabe
de...*

La espiritualidad bíblica

Fidel Aizpurúa Donazar

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de la cubierta: *Francesc Sala*

Fotocomposición: *NovaText, Mutilva Baja (Navarra)*

© Fidel Aizpurúa Donazar

© De la presente edición: Verbo Divino 2010

ISBN pdf: 978-84-9945-041-4

ISBN edición impresa: 978-84-8169-952-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita imprimir o utilizar algún fragmento de esta obra.

Presentación de la colección

«Qué se sabe de...»

Los estudios bíblicos han crecido tanto y son tan plurales, y a veces confusos, que cualquiera se puede sentir desbordado y perdido. Si alguien nos ofreciera un breve y sencillo «mapa» que nos orientara en cada tema bíblico, sería magnífico. «Qué se sabe de...» es una colección que ofrece eso: una serie de libros sobre temas bíblicos que nos dicen cómo hemos llegado hasta aquí, cuáles son los argumentos que se están debatiendo en los foros más acreditados, cuáles las referencias para profundizar y las cuestiones más relevantes para el diálogo en la sociedad y en la Iglesia.

Esta colección nace con la vocación de contribuir positivamente al debate, al diálogo y la colaboración de los saberes en la tradición bíblica y cristiana. Se trata de un conjunto de libros sobre temática bíblica que abordan con rigor y seriedad, pero con brevedad, algunos de los temas más importantes que se han planteado en la historia de Occidente al leer los textos bíblicos. La vuelta sobre estos temas, solo en apariencia antiguos, nos permite enfrentarnos con problemas y preguntas que siguen candentes en nuestra vida social. Occidente está marcado por la tradición bíblica, de modo implícito

o explícito; el planteamiento serio, sin eludir las cuestiones problemáticas, de los temas que se presentan en estos libros, puede enriquecer el proceso de construcción de nuestra sociedad.

Los destinatarios de esta colección son todas aquellas personas que, sin conocimientos previos sobre los temas abordados, desean conocer los temas bíblicos con rigor y seriedad, tomándose en serio la relación de la fe con la cultura que exige la voluntad de asumir los presupuestos de las ciencias históricas para mostrar la racionalidad de la fe. Por lo tanto, son destinatarios tanto creyentes como no creyentes que consideran que es posible abordar racionalmente los temas bíblicos más influyentes de nuestra cultura y que aceptan entrar en diálogo con las disciplinas históricas.

Todos los libros que la componen tienen una estructura común, además de esta perspectiva. Cada uno aborda «lo que se sabe» del tema que desarrolla; es decir, cada libro hace una presentación de los aspectos más importantes de cada tema, los autores, posiciones, ideas, resultados y prospectivas para el futuro inmediato. Así, tras una breve introducción, todos ofrecen una primera parte con un breve recorrido de los hitos más importantes por los que hemos llegado a donde estamos; una segunda parte con una presentación amplia de las claves para comprender del mejor modo el tema en cuestión; y una tercera con las perspectivas que se abren actualmente. Así mismo, ofrecen también una bibliografía comentada y, por último, las cuestiones que hacen referencia a la relevancia social y eclesial del tema abordado; es decir, los temas y preguntas, sugerencias, reflexiones o intuiciones que pueden ser útiles para que el lector reflexione en su propio contexto.

«Qué se sabe de...» nos ayuda a saber cómo hemos llegado hasta aquí, quiénes somos... y, también, hacia dónde vamos.

Introducción

Podría dar la impresión de que los nuestros no son tiempos propicios para la espiritualidad; pero sería una impresión engañosa. En medio del ruido de las ciudades, del vértigo de las comunicaciones, de lo cambiante de una sociedad que considera pasado de moda lo vivido ayer, cuando creemos que no tenemos sosiego para engendrar nada, resulta que las búsquedas espirituales brotan, aquí y allá, con una sorprendente abundancia y una no menos pasmosa variedad. No, los nuestros no son malos tiempos para la espiritualidad. Quizá haya que mirar en otros lugares, abrir otras alacenas, asimilar otros paradigmas que los vividos en épocas pasadas. Tal vez haya que transitar por otras sendas y aventurarse por otros caminos que los trillados por la costumbre. Pero quien se anime a ello, puede verse sorprendido por la evidencia de que en el jardín de la existencia crece, imparable, el árbol frondoso, y puede que equívoco, de la espiritualidad.

La espiritualidad en general, la bíblica en particular, es una materia dúctil, hasta imprecisa. Sus contornos no se pueden definir bien. No se trata de una ciencia exacta porque se entrefiera con las pulsiones del alma. Y desde antiguo se sabe que el soplo del Espíritu es libre como el viento. De ahí que pretender atrapar en el marco fijo de la ciencia algo

tan volátil como la espiritualidad sea imposible. Pero sí sabemos que, en el caso de la espiritualidad bíblica, estamos hablando de una realidad que se encuentra más allá de la simple narración. Depende de ella, pero está en otro horizonte. Por eso, es preciso habituarse a releer los textos en sus raíces, en sus trasfondos, en su capacidad de sugerencia, en ese terreno de la libertad en que se expresan sin las estrecheces del mero análisis literario. Y todo ello hasta llegar a la playa de la propia intimidad, del propio misterio. Porque hablar de espiritualidad es tratar del misterio, ya que toda lectura es resultado, no lo dudemos, de unos prejuicios, unas capacidades intelectuales y un misterioso juego neuronal que apenas conocemos. Cosificar la lectura sería impedir el aleteo del Espíritu y, con ello, se bloquearía lo que de inasible pero hermoso tiene la espiritualidad. No habría que temer a esta intangibilidad de lo espiritual. En ello se halla su riesgo y su hermosura.

Tal vez el secreto último y la misma finalidad general de la espiritualidad bíblica puedan formularse como el increíble afán del amor del Padre/Madre por acompañar el camino humano. El Dios de la revelación que Jesús nos ha mostrado con perfiles bien determinados no es el Dios lejano al que tiende el mecanismo religioso. Es, más bien, el amor que está cerca, que comparte y anda nuestros caminos, que hace de nuestro éxito el suyo, que recoge nuestras lágrimas mezclándolas a su llanto eterno, que se desvive por lo nuestro, que anhela el calor de nuestros abrazos. Acompañar es, más allá de su aparente banalidad, la obra divina en nosotros. Y este afán, verdadero trabajo, toma su rostro, además de en Jesús, en la Palabra. Ella es signo evidente del acompañamiento de Dios a la historia humana. Y si es así, de esa manera ha de ser leída. Valorar la Palabra como un corpus religioso despojándola de ese hálito de amor que hay en ella es empobrecerla incluso textualmente. Por el contrario, captar el acompañamiento arropador del Padre a la existencia histórica, ver que en la Palabra se hace camino en

nuestra propia senda, es intuir el corazón que late más allá de sus letras y párrafos.

Varias veces se citará en estas páginas el texto culmen de la espiritualidad joánica: «Vendremos a él y pondremos nuestra morada en él» (Jn 14,23). La Palabra es la comprobación de esta verdad: la historia no está sola, desamparada, a la intemperie. Es una historia cuidada, acogida, abrazada, «con marido», como dijo la vieja profecía. La lectura espiritual de los textos bíblicos nos confirma, una y otra vez, en esta certeza. Quien leyera la Palabra y no experimentara que su desamparo vital mengua, que las nieblas de sus indecisiones se diluyen, que el ánimo surge modesto pero imparable, no habría leído bien. Quien utilizara las páginas de este mismo libro que ponemos en sus manos y no naciera en él la certidumbre de saberse sujeto de un gran don, de ser amado en la evidencia de haber sido llamado a la aventura de vivir, de creer que esa aventura está iluminada por la Palabra, habría desperdiciado una ocasión de vida.

Para vibrar de esta manera ante el texto bíblico se precisa tener sed y hambre. La desgana hace que el alimento de la Palabra sea soso, sin cuerpo y que el agua de sus veneros resulte desagradable y rechazable. Pero si se tiene sed, si «arde el corazón» como lo hacía en el interior de aquella pareja de Emaús, si escuecen los labios y el alma como le ocurrió a Ezequiel o al vidente del Apocalipsis cuando «comieron el rrollo», es entonces cuando hay posibilidad de sumergirse en el mundo de la espiritualidad bíblica. Abstenerse ahitos, rutinarios, cansados, desencantados. La Palabra y su espiritualidad es para personas que tienen activado el amor y el deseo, el anhelo y la búsqueda. Es para personas de ojos abiertos, de mirada incansable, preguntona y profundizadora de la realidad.

Más que un manual de espiritualidad bíblica, este libro es una sugerencia, una oferta, una propuesta. Es posible que el lector encuentre plan-

teamientos discutibles. Ese quiere ser uno de sus valores: que no haya posiciones tomadas, oficiales, indiscutibles. Que la Palabra convoque al diálogo, a la pregunta, a la colaboración, al encuentro. Una Palabra para vivir con espíritu, con alma, con entrega. Este texto tiene vocación de lugar de encuentro, más que de meta de llegada. Y, desde ahora lo decimos, quiere estar deliberadamente marcado por un indudable componente social. Al autor le asiste cada vez más la certeza de que si la semilla de la Palabra no cae en el campo de la vida, de la sociedad, queda estéril. Por eso, se ha hecho un esfuerzo explícito por acercar Palabra y vida, Mensaje y sociedad, Biblia y estructura social. En ese marco encuentra la espiritualidad bíblica su mejor barbecho, terreno que anhela la semilla.

Ojalá no seamos reticentes ante la espiritualidad que sigue brotando de la Palabra; ojalá no tengamos miedo a actualizarla, a iluminar nuestras situaciones de vida, a mezclarla con lo que nos pasa a diario. Sabemos que detrás de las nieblas de nuestra existencia histórica brilla el hermoso sol de la plenitud de Jesús. La Palabra nos lo confirma. Y lo hace en modos históricos, carnales, tocables, cercanos, casi alimenticios. De forma magistral lo dice el poema de J. A. Valente:

*Como pan vino la palabra,
como fragmento de crujiente pan
fue dada,
igual que pan que alimentase el cuerpo
de materia celeste.*

*Vino, compartimos su íntima sustancia
en la cena final del sacrificio.*

Y nos hicimos hálito, soplo de voz.

Palabra, cuerpo, espíritu.

El don se había consumado



PRIMERA PARTE

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

*Pasión que como
un árbol crece*

Tener el valor de acercarse a la espiritualidad bíblica es tener un valor similar al necesario para adentrarse en un bosque tupido, rumoroso, secreto. Por un lado, lo desconocido sobrecoge y amilana; por otro, lo intuido azuza y alienta. La espiritualidad bíblica, enraizada en el longevo tronco de la historia, crece imparables animada por una pasión, la de entender y entenderse en el conjunto de la vida, la de vivir y vivirse en el caudal de lo que existe. Por eso mismo, preguntarse por la cuestión de la espiritualidad bíblica es aprestarse, con pasión, a ver cómo crece el árbol profundo y verdeante de la interioridad humana, del núcleo de la historia. Así la «pasión fatal que como un árbol crece», como algunos definen a la persona (A. González), se convierte en pasión benéfica de gozo, de intensidad y de vida.

La espiritualidad bíblica, un entramado que no deja de crecer

CAPÍTULO 1

La aventura de lo que llamamos espiritualidad bíblica hunde sus raíces en ámbitos más amplios que es preciso analizar. Únicamente describiendo bien los telones de fondo en los que se hace comprensible podremos maravillarnos y sobrecogernos de la aportación que la Palabra ha hecho al tesoro de la vida.

1. Una revolución espiritual

Puede decirse que en los últimos cincuenta años la espiritualidad ha sufrido una verdadera revolución. Lo comprobamos en:

- *La denominación:* Aunque aún se mantiene el término de «espiritualidad», entre otras cosas porque no se ha dado con otro mejor, hay quienes se sienten incómodos con él por la historia que arrastra y por las connotaciones que conlleva. Estas se resumen en un dualismo materia-espíritu no superado todavía. Quienes anhelan otra terminología creen que la espiritualidad se enmarca en la historia, no en parámetros como el religioso que, con frecuencia, huyen de ella.

• *La definición:* Precisamente por su componente histórico, la definición de espiritualidad se traslada a los ámbitos de la misma historia. Y se define como «una dimensión profunda del ser humano, que, en medio incluso de la corporalidad y la materialidad, trasciende las dimensiones más superficiales y constituye el corazón de una vida humana con sentido, con pasión, con veneración de la realidad y de la Realidad: con Espíritu» (J. M. Vigil, *Otra espiritualidad*, p. 4).

• *Distinción frente a religión:* Este cambio es decisivo. Las religiones habían creído, vanamente, que la espiritualidad era patrimonio exclusivo suyo. Pero la secularidad, las mismas ciencias físicas y microbiológicas, han hecho ver que la espiritualidad es, simplemente, patrimonio de lo humano. No es la espiritualidad un subproducto de la religión, es algo que se da en todo ser humano. Esto ha dejado ver, para sorpresa de personas no creyentes y de muchas creyentes, que lo que la cultura secular pone en crisis no es la espiritualidad, sino la religión. Aquella goza de buena salud, mientras que esta se sume en la perplejidad e incertidumbre, a pesar de los rebrotes de ciertos movimientos que podrían hacer pensar en una vuelta a lo sagrado.

• *Espiritualidad laica:* En el ámbito de la laicidad puede haber una esperanza para la espiritualidad ya que, como decía Tillich, es la sociedad de hoy la que, si redescubre la dimensión de la profundidad, podrá saber realmente de la realidad de Dios, porque esta realidad anida en lo profundo. Al ser la espiritualidad un elemento constitutivo de la persona, quien ahonda en la estructura humana genera auténticas obras de espiritualidad, aunque no tenga el formato ni el componente de la experiencia religiosa explícita.

• *Una religiosidad posaxial:* Hay analistas que concluyen que la espiritualidad enmarcada en la vivencia religiosa que hemos heredado corresponde a una época de sociedades agrarias, ya que en el paleolítico

no parece que haya religiones organizadas. O que esta vivencia corresponde al «tiempo axial» de la cultura humana que se produjo en el milenio anterior a Cristo, tiempo de densificación de la conciencia humana, privilegiado momento de impulso en la humanización. Desde ahí se preguntan si no estaremos en un tiempo posaxial nuevo («deutero-axial» lo llaman) en que aparecerá un tipo de experiencia religiosa más allá de las religiones, situada en experiencias personales e intransferibles de lo trascendente.

- *Un bien social*: Este enmarque en lo histórico hace que la preocupación por la espiritualidad pase de ser una preocupación religiosa (que se traduce en número de practicantes) a una preocupación social. Se anhela la recuperación de la espiritualidad, el deseo de que el espíritu no muera en nuestra cultura, pero no por razones religiosas sino, simplemente, porque la pérdida de los valores más constituyentes del espíritu humano lleva a la persona a una situación sin salida en la historia. Desde aquí se puede anhelar, sin el componente religioso, una historia humanamente espiritual.

2. Una revolución copernicana en la Iglesia

Ciertamente la nueva antropología y las experiencias sociales son los grandes «profetas» de la nueva espiritualidad. Pero en el seno de la comunidad cristiana se ha operado desde el Vaticano II una revolución que podríamos calificar de copernicana en torno a la espiritualidad en general y a la espiritualidad bíblica en concreto. Lo expresa muy bien esta reflexión de R. Aragón:

El Concilio Vaticano II significó una revolución copernicana en la vida y el pensamiento de la Iglesia. Uno de los grandes cambios fue la concepción misma de la revelación. La teología tradicional, pero no

originaria, que por lo demás se reproduce con la existencia de un sistema teológico persistente, siempre entendió que la Verdad venía de arriba, sin otra mediación que la «palabra revelada», y esta palabra comprendida como «historia», es Dios mismo el que narra la historia, nos viene conservada en un «depósito de la fe» estático, inmutable, exclusivo del pasado. En este modo de entender la revelación, el lenguaje simbólico de la Biblia es simple mediador y matriz de todo lenguaje religioso, de toda expresión de la fe.

La novedad del Concilio fue «desarticular» este sistema teológico, para ver detrás de él lo que la Biblia nos refiere de Dios, cómo él se reveló en el pasado y cómo se revela ahora en nuestra vida, en nuestras comunidades de fe y en los procesos históricos en los que estamos inmersos. El gran principio oscurecido en la teología tradicional es que Dios se manifiesta en los acontecimientos antes que en la palabra. El Dios bíblico es el Dios de la vida y de la historia. Y revelarse no es hacer milagros portentosos, ni signos extraordinarios, sino dar sentido a los sucesos, sentido que no es el que capta un historiador por el método inductivo de causa y efecto, sino el cristiano por la lente de la fe.

La Historia de la Salvación no significa una sucesión de hechos milagrosos, sino una historia en la que se muestra, desde dentro, desde la profanidad, lo sagrado del Dios de la vida. Pero si este Dios se ha revelado en los acontecimientos del pasado, no se ve la razón para que no se siga revelando entre nosotros. ¿Qué es lo que necesita para hacerlo? Apertura del ser humano a los signos de los tiempos y aventura en el compromiso de la fe. Así pues, afirmar que con Jesús o con el último libro del Nuevo Testamento se clausuró la revelación es un contrasentido teológico. Dios se ha revelado y sigue revelándose para nosotros en el caminar de la vida, por hechos y palabras, afirma el Concilio. Los hechos son expresados en la palabra, pero la palabra que interpreta un acontecimiento del pasado no puede quedar estática. Así, la Biblia en cuanto palabra revelada de Dios no es un documento del pasado sino una voz del presente, por eso la llamamos «mensaje o kerigma», y no historia sagrada.

La Biblia no es una palabra presente porque la leemos ahora, sino porque es arquetipo y paradigma, modelo para interpretar nuestra propia realidad. Es el resultado de un largo proceso hermenéutico, que ha ido recreándose como lectura de los nuevos acontecimientos del caminar del pueblo. Nada en ella fue estático y definitivo antes del advenimiento del canon, y después del canon sigue mostrando nuevas reservas de sentido que se expresan de múltiples maneras, aunque ya no queden fijadas como texto sagrado. Y esto surge cuando la historia pasada es releída creativamente y expuesta en nuevos textos que dan forma literaria a nuevas expectativas creadoras de sentido, de utopía. Por eso encontramos un fenómeno tan característico de la literatura bíblica, a saber, que todas las obras terminan expresando la esperanza, porque la promesa antigua aún no se ha cumplido o porque se formulan otras nuevas, en cuyo lenguaje se revela la situación que se está viviendo actualmente. Pues los textos bíblicos más sugestivos y creadores de sentido han sido producidos en tiempo de crisis.

Lo que no encontramos en la Biblia es la afirmación de una permanencia en el quebranto y desilusión. Realidad muy frecuente en la historia; pero en todo momento, incluso en los más críticos, el texto sagrado nos ofrece un desdoblamiento hacia la esperanza de una liberación futura. Es ahí donde se prueba la creatividad humana, desde una lectura siempre abierta del texto que se deja interpelar por la realidad. Este proceso hermenéutico nos ayuda, sin duda alguna, y más en tiempo de profundos cambios e inseguridades, a superar nuevas y tentadoras lecturas ahistóricas de la fe, y descubrir en la palabra revelada un potencial utópico generador de esperanza (R. Aragón, «La Biblia en la tradición...», pp. 1-3).

3. La capacidad inspiradora de la Palabra

Todo esto deriva de la capacidad inspiradora de la Palabra: esta no es únicamente una realidad inspirada sino un dinamismo capaz de iluminar el

camino histórico. No es de extrañar que, por ello, los nuevos campos de la espiritualidad bíblica que se van abriendo ante nosotros y que crecen pujantes hoy hagan referencia directa a la Escritura en una especie de redescubrimiento de la misma: algo que se tenía ante los ojos toma hoy un significado distinto, capaz de ser luz para el caminar humano de cualquier persona, no únicamente de quien profese una determinada religión.

Podría haberse creído que sacar la Palabra de la experiencia religiosa hubiera podido significar su muerte. Pero es todo lo contrario: resituar la Palabra en el marco de lo humano genera múltiples hechos de lectura, algunos, ciertamente, muy peregrinos, pero otros muchos muy sugerentes e iluminadores. Más aún, este exilio forzado de la Palabra fuera del campo de lo religioso que impone la secularidad ha propiciado una lectura social de la Escritura desvelando con ello un nuevo sentido de la misma. Efectivamente, la perspectiva espiritual de lectura ha sido casi la única en la experiencia común de la espiritualidad cristiana. El abuso de esta perspectiva ha llevado a leer la Palabra en modos espiritualistas. La otra variante, la lectura moral, también muy empleada, ha llevado con frecuencia a un rígido moralismo. Por eso, hacer una lectura social de la Palabra, entenderla como un camino para el logro de la buena relación, de la fraterna convivencia entre personas y con las cosas, como una herramienta para el logro de una tierra nueva en que habite la justicia (2 Pe 3,13), además de ser más fiel a la intención primigenia de la Biblia, abre un horizonte nuevo a la comprensión del texto bíblico y, con ello, a la espiritualidad bíblica.

No es de extrañar que este tipo de lectura haya vertido su potencial iluminador sobre aspectos de la realidad que antes se creía que no formaban, en absoluto, parte de la espiritualidad. Hablar de espiritualidad en relación con el mercado, con las pobreza, con el cuerpo, con la tierra, con el antiimperialismo, etc., son temas que todavía nos sorprenden. Pero la Palabra no solamente se amolda a estos nuevos ámbitos,

sino que los textos adquieren unos ecos nuevos. Se verifica aquí aquel aserto de E. Lledó pleno de razón:

Nadie recorrería las sendas del pasado, si no subyaciase a ese recorrido el irrefrenable deseo de reconocer, en él, todas aquellas semejanzas que nos llevan a entender nuestra situación y a aprender de otras experiencias (*El silencio de la escritura*, p. 30).

Desde ahí la Palabra, toda palabra y por ello también la bíblica, se constituye en instancia de iluminación.

4. Otra espiritualidad es posible

Así lo proponen los actuales analistas del fenómeno de la espiritualidad. La proponen no solamente como posible, sino como necesaria porque siguen creyendo que la espiritualidad es una dimensión insustituible del grupo humano ya que nosotros no nos relacionamos con la realidad únicamente en función de nuestras necesidades, sino también en relación con algo que está ahí independientemente de nosotros, ese anhelo de lo absoluto que anida en la realidad humana, por insignificante que se la considere. Desde aquí la necesidad de la espiritualidad es real, y que esa necesidad se vaya concretizando en nuestras nuevas sociedades industriales resulta perentorio.

Pero, ¿puede una palabra mítica, como lo es la Escritura, nacida en sociedades preindustriales ser instancia de iluminación para el logro de una nueva espiritualidad en un contexto social totalmente distinto? Sí podría, con tal de que se racionalice el mito y se le sitúe en el ámbito de las más elementales y básicas experiencias de lo humano. Además será necesario situarlo en la dinámica del cambio continuo en el que vive nuestra sociedad, lejos de la intangibilidad de cualquier dogmatismo apriorístico.

En ese marco pueden encontrar un nuevo lugar tanto la Palabra como las mismas tradiciones religiosas:

La nueva espiritualidad si no se apoya en creencias, ni es religiosa, carecerá de sacralidades, será laica. Sin embargo, precisamente porque no es ni religiosa ni creyente, podrá heredar toda la riqueza espiritual de las tradiciones religiosas de la humanidad (M. Corbí, «Otra espiritualidad...», p. 47).

Es cierto que, por falta de suficiente perspectiva histórica, no hemos logrado saber en qué formas reales puede concretarse esta nueva espiritualidad. Pero el anhelo está sembrado en el corazón de muchas personas y la espiritualidad bíblica puede ser hoy una herramienta, un camino, una oferta para quien anda tras las búsquedas de una espiritualidad de componente más histórico.

Esta manera de entender la espiritualidad bíblica demanda una nueva mística, aquella que algunos denominan «horizontal», o de «ojos abiertos», que no es otra sino la que ve que:

Dios emerge en la mismísima densidad de las cosas, personas y acontecimientos, y es ahí donde se siente que quiere ser escuchado, servido, amado. El mundo y la historia, lejos de ser obstáculo para el encuentro con Dios, se convierten en mediación obligada (J. A. García, *En el mundo desde Dios*, p. 108).

Todo este entramado de variables constituye no solamente un telón de fondo donde enmarcar la nueva espiritualidad bíblica y sus retos. Es, además, una declaración de principios hermenéuticos: desde esta perspectiva de la espiritualidad inserta en el hecho humano habrá que intentar no solo leer sino «explotar» la Palabra. Y, para nuestra sorpresa y gozo, veremos que los viejos textos de la Escritura tienen mucho que decir a la persona inmersa en los torbellinos de las nuevas sociedades industriales.

¿De qué hablamos, en concreto, cuando decimos espiritualidad bíblica?

CAPÍTULO 2

No es fácil, a priori, describir el perímetro de los contenidos de la espiritualidad bíblica ya que, como toda espiritualidad, tiene un cierto componente de inasibilidad, de evanescencia. Pero, mediante la reflexión, podemos aproximarnos a ella y delimitar campos. Más que conceptos precisos, lo que verdaderamente interesa es aclarar perspectivas para poder luego leer la Palabra con ojos nuevos, con deseos activados, con pasión alimentada.

1. Las definiciones de espiritualidad bíblica que se han dado

Podemos imaginar que han sido muchas las maneras de definir la espiritualidad bíblica, en la medida en que el asunto es definible. Nosotros ponemos el acento en cuatro de ellas.

- *Una definición esencialista:* De fuerte componente ideológico y que muestra la comprensión de la espiritualidad bíblica tal como se ha entendido prácticamente hasta nuestros días, es una definición que Juan

XXIII tomó de G. Pouget y que consagró la Constitución *Gaudium et spes*: «Una cosa es el depósito mismo y las verdades de la fe y otra es la forma que adoptan en la expresión estas verdades» (GS 62). Es decir, la espiritualidad sería una «expresión» de las verdades de la fe, en dependencia de ellas y, por lo mismo, característica de la persona que cree en ellas, la persona religiosa. Desde aquí la espiritualidad bíblica es más una ayuda para vivir la fe que una luz para dar sentido a la existencia humana.

- *Una definición espiritual*: Es aquella que entiende la espiritualidad bíblica no como algo proyectado por el ser humano, sino por lo que, según el Nuevo Testamento, significa dejarse conducir e impulsar por el Espíritu Santo. En este sentido espiritualidad tiene que ver con una idea sobre la «verdad», entendiéndose por tal una comunión de vida, sobre todo con Jesucristo. Esta manera de ver la espiritualidad bíblica no depende de contextos sociales, sino de la única guía del texto bíblico (K. Berger).

- *Una definición cristológica*: Es aquella que entiende el seguimiento de Jesús como núcleo no solo de cristología, sino también de la misma espiritualidad. En este caso, ser persona espiritual se identifica con ser seguidor de Jesús o, al menos, persona que acepta, del modo que sea, el programa propuesto por el Evangelio. Es una definición menos esencialista, pero demanda, si no el componente religioso, al menos, una cierta adhesión cercana al hecho creyente. Desde aquí, y en una perspectiva neotestamentaria, la espiritualidad bíblica busca, ante todo, responder a la propuesta del seguimiento en el marco evidente de la adhesión a Jesús.

- *Una definición secular*: Es la que entiende la espiritualidad como una realidad perteneciente al hecho humano que, en medio incluso de la corporalidad y la materialidad, trasciende las dimensiones más superficiales y constituye el corazón de una vida humana con sentido, con pasión, con veneración de la realidad y de la Realidad: con Espíritu.

Desde esta perspectiva, la espiritualidad bíblica sería una herramienta adecuada, compatible con otras espiritualidades, para contribuir a la humanización de la existencia y al logro de una sociedad nueva.

Precisamente porque las espiritualidades nunca son realidades de perfiles definidos es posible que estas maneras de comprender y vivir la espiritualidad bíblica puedan estar presentes, en una u otra medida, en la misma persona. Para el creyente en Jesús, quizá sea la tercera definición el verdadero motor de la lectura de la Palabra, teniendo presente que esa es la mejor manera de activar el seguimiento y de dar respuesta al interrogante de cualquier verdad trascendente. Nosotros, no obstante, conectaremos la tercera definición con la cuarta, ya que creemos que ambas se potencian.

2. Suma de espiritualidades

A estas alturas del conocimiento de la Biblia, casi todos los creyentes saben que no se puede considerar la Palabra como un todo compacto, sino como una obra de comunidad, de pluralidad, donde confluyen y conviven, a veces no sin problemas, muy distintas espiritualidades. Efectivamente, desde la pluralidad de tradiciones en el Pentateuco hasta las maneras diversas de enfocar la escatología en las Cartas Católicas, la Biblia aglutina una serie amplia de experiencias creyentes que han derivado en maneras diversas de proponer los caminos de la espiritualidad. El lector avezado a la Palabra tendrá que ir aprendiendo a andar en ese pequeño maremagno de espiritualidades que le ofrece el conjunto de la Palabra.

Pero también es cierto que la misma Palabra le ofrece puntos de apoyo sólidos para no perderse en tal bosque. Subrayemos dos que nos parecen de los más decisivos:

- *La innegociabilidad de la persona:* Tanto para el Antiguo Testamento como, sobre todo, para el Nuevo Testamento puede decirse que el valor innegociable, el absoluto, por extraño que parezca, no es tanto la realidad de Dios, sino la persona. Textos como Is 5,1ss que proponen la justicia y el derecho como el fruto obvio de la relación con Dios, o Jn 13,34-35 donde se empuja al mandamiento del amor relacional como fundamento indispensable de la comunidad de personas seguidoras están indicando que lo que realmente quiere dejar clara la espiritualidad bíblica es que quien entre por sus sendas ha de llegar a hacer del amor a la persona el postulado esencial de su experiencia creyente.

- *La persistencia de la utopía:* Porque si hay un denominador común aplicable a muchos libros de la Escritura, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, es la persistencia de la utopía de la fraternidad, la posibilidad de vivir en un mundo de justicia, el anhelo de que las relaciones sociales alumbren un día nuevo en que el amor sea el dinamismo real de la sociedad. Desde el libro del Génesis, en que, a pesar de la fraternidad herida, se deja siempre un resquicio abierto a la posibilidad de una hermandad benigna, hasta el sueño de 2 Pe 3,13, el escrito más tardío de la Biblia, en que se anhela un cielo y una tierra nuevos en que habite la justicia, la diversidad de la espiritualidad bíblica no ha decaído nunca en mantener viva tal utopía.

Quizá sea Pablo uno de los que, a su manera, mejor ha comprendido esta doble perspectiva espiritual. Sus tres grandes pasiones han sido la pasión por Jesús, la pasión por la evangelización y la pasión por la comunidad. Pero, de acuerdo con sus cartas «auténticas», es esta tercera la que ha quedado definitivamente marcada, como queda muy claro en escritos de madurez como puede ser Rom 12-15: en el amor y respeto a la persona concreta del hermano que vive cerca es donde habrá que mostrar que acepta uno lo innegociable de la persona; desde esa comunidad humana y creyente de la que se hace parte, es des-

de donde habrá que impulsar la posibilidad de la utopía de un mundo distinto.

3. Un sentido nuevo

El gran inconveniente que muchos ven para hablar de espiritualidad bíblica hoy es que, empleando textos tan antiguos, se bloquea la posibilidad de generar en ellos y a través de ellos un sentido nuevo para la existencia de la persona actual. La objeción es fuerte. Pero se puede aspirar a una espiritualidad bíblica inserta en el trabajo por construir un sentido nuevo y con posibilidad de derivar hacia caminos nuevos de vida. Basados en las «Tesis para una hermenéutica del sentido» de A. Ortiz-Osés proponemos estas pistas (*Visiones del mundo*, pp. 211-214):

- La búsqueda del sentido lleva a potenciar una espiritualidad de la narración, del desvelamiento del espíritu, del anhelo que encierra lo que se narra. Por eso, una espiritualidad bíblica nueva ha de animarse a romper lo fáctico de la narración para adentrarse en el subterráneo arriesgado del sentido.
- El sentido es altamente implicativo y, por lo mismo, relacional en todas las direcciones posibles. Por eso, la hermenéutica postula un lenguaje relacional más que científico, capaz de llegar a conectar con el ancho mundo de la relación social. De ahí que una espiritualidad bíblica que no se implique en hecho social tiene pocas posibilidades de novedad.
- La captación del imaginario que subyace al texto es algo tan decisivo, o más, que el afán por el logro de la supuesta verdad objetiva de lo narrado. Por lo que una espiritualidad bíblica de hoy ha de conectar el imaginario del texto bíblico con el actual para percibir las diferencias, similitudes y posibilidades de enriquecimiento.

- El carácter implicativo que anida en el trabajo por el sentido justifica una lectura «arriesgada» del texto que, sin merma del valor del trabajo hermenéutico, pueda implicar contradicción y aun error. Lo que muestra que la espiritualidad bíblica no puede ser un conjunto compacto de ideología, sino más bien una apuesta que aliente la aventura humana.
- El trabajo por el sentido lleva al hermeneuta a «estar en el texto», a saberse parte de un fenómeno más amplio que engloba al texto, a él y a la misma sociedad, ya que la verdad aparece mientras que el sentido comparece. Por lo que no se podrá construir una espiritualidad bíblica desde fuera, como si se hablara para otros, sino, más bien, como algo biográfico donde la vida del lector queda implicada.
- El anhelo de quien busca el sentido se ve más colmado cuando trabaja sobre las vivencias que ha suscitado y que suscita el texto que sobre la esencia ideológica del relato. Ya que es cierto que de las experiencias espirituales bíblicas se puede derivar una ideología, pero ese no puede ser su cometido principal, sino, más bien, articular en él y a partir de él las vivencias personales y sociales que son los verdaderos dinamismos de la existencia histórica.
- De alguna forma se puede decir que el sentido tiene en su fondo una estructura posedípica que induce a una lectura fraterna, social, del texto. Por eso mismo la espiritualidad bíblica ha de hacerse en total libertad, sin estar constreñida por presupuestos dogmáticos que sea preciso mantener a priori.
- Si, de alguna forma, la lectura de un texto pudiese definirse como la explicación de la implicación, esta lectura tendría que ser una mediación transitiva que va del texto al lector, del lector a la realidad y de la realidad de nuevo al texto. Por eso, no es de recibo un tipo de trabajo hermenéutico unidireccional y de un viaje único. Esta circularidad tiene que quedar manifiesta en los trabajos de espiritualidad bíblica. Así